

BORJA RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ:  
HISTORIA DEL CUENTO ESPAÑOL (1764-1850),  
MADRID, IBEROAMERICANA-VERVUERT, 2004

*Juan Molina Porras  
I.E.S. Murillo (Sevilla)*

El camino para la constitución del cuento literario como género literario respetado y aceptado por la crítica y los lectores ha sido lento y complicado. La rica y compleja historia del cuento medieval se vio interrumpida en los Siglos de Oro ya que en ese tiempo las preferencias recayeron sobre la novela corta y el cuento sobrevivió, sobre todo, de forma oral. En este sentido no hay que olvidar que la última colección que incluye cuentos tradicionales, *Fabulario* de Sebastián Mey, es de 1613. Por eso es posible afirmar que el trabajo que comento se centra en el estudio de la prehistoria del cuento moderno español, es decir, en aquellos años en los que renació de sus cenizas (recuérdese también que en el siglo XVII la mayor parte de los cuentos se insertaba en obras mayores) y encontró acomodo en las páginas de la prensa. Hablar en esta ocasión de prehistoria no es sólo un recurso retórico sino el término más adecuado que encuentro para describir la realidad. No es ninguna exageración si conocemos que fueron raras, por no decir inexistentes, las colecciones antes de 1850, que casi todos los títulos aparecieron por primera vez en las páginas de los periódicos y revistas de la época, que los propios autores de cuentos los reconocieron como obras menores y consideraban que estas creaciones nunca llegarían al nivel estético de, por ejemplo, un poema. Por todo ello, no es extraño que muchos relatos de fines del siglo XVIII y de los inicios del XIX carezcan de autor. Borja Rodríguez Gutiérrez así lo consigna: “El escritor responsable de los cuentos no sentía la necesidad de vincular la obra a su nombre, probablemente por el nulo mérito que se suponía a este tipo de obras” (pág. 115).

Si hacemos un largo y sintético recorrido por su historia, advertiremos que el cuento fue un género que se coló casi de improviso en nuestra literatura moderna gracias a la labor didáctica y proselitista de algunos ilustrados neoclásicos. Más tarde, su consolidación y propagación fueron alentadas por los nuevos aires románticos de tal modo que la leyenda y el cuento fantástico se convirtieron en elementos distintivos del movimiento. La situación fue cambiando con el transcurrir del siglo XIX y, tras pasado el medio siglo, la característica más notable fue el agrupamiento en volúmenes de las narraciones aparecidas en primera instancia en la prensa. Cuando triunfaba la novela realista, los escritores fueron tentados por la industria editorial a reunirlos en libros, lo que testimonia la existencia de un público dispuesto a comprar y a leer las colecciones de cuentos de Clarín, Alarcón, Selgas o Pardo Bazán. No eran sólo nuestros grandes novelistas los que las daban a la imprenta sino una estupenda pléyade de cuentistas, hoy poco conocidos, que llevaron al género a uno de sus momentos de esplendor. En síntesis, Borja Rodríguez con su libro pone las bases para que podamos comprender la aparición de magníficas colecciones que se dio en las tres últimas

décadas del siglo XIX. Después de leer *Historia del cuento español (1764-1850)* nadie puede extrañarse de que José Selgas publicara en 1876 y 1877, respectivamente, *Escenas fantásticas* y *Mundo invisible. Continuación de las escenas fantásticas*; en 1879 Carlos Coello, sus *Cuentos*; en los dos primeros años de la siguiente década, Alarcón *Cuentos amatorios*, *Historietas nacionales* y *Narraciones inverosímiles*; en 1883, Silverio Lanza *El año triste*; Clarín *Pipá* en 1886, *Doña Berta. Cuervo. Superchería* en 1892, *El Señor y lo demás son cuentos* en 1893 y *Cuentos morales* en 1896; Emilia Pardo Bazán en 1891 *Cuentos escogidos*, en 1892 *Cuentos de Marineda*, en 1894 *Cuentos nuevos*, en 1898 *Cuentos de amor*; en 1899 *Cuentos sacroprofanos...* El panorama no está completo con esta apresurada relación porque no he citado todas las colecciones y porque hay que tener en cuenta que muchos creadores no recogieron sus relatos en antologías. Ese fue, por ejemplo, el caso de Juan Valera, Antonio Ros de Olano o Galdós. El libro de Borja Rodríguez completa nuestra visión del desarrollo del cuento español decimonónico y demuestra que su nacimiento se gestó en las páginas de la prensa ilustrada.

No es el momento de historiar la escasa fortuna crítica que ha recibido nuestra narrativa breve decimonónica, pero sí el de consignar que el desdén crítico con el que se miraba pareció enconarse tras la guerra civil. Es altamente significativa la ausencia de estudios críticos rigurosos hasta la década de los setenta del siglo pasado. La ingente tarea que inició Baquero Goyanes con *El cuento español en el siglo XIX* no tuvo continuadores significativos y desde 1949, año de su edición, hasta fechas recientes este modélico trabajo ha sido un solitario islote en la bibliografía sobre el género. Tal vez la causa no sea otra que el extendido tópico que considera el cuento un género, en todos los sentidos de la palabra, menor. El libro de Borja Rodríguez es un claro testimonio de que la situación ha cambiado en los últimos años y de que crece el interés por él. Su aportación más novedosa quizá esté en destacar que el resurgir de la narración breve no fue tarea exclusiva de los narradores románticos sino que hay que retrotraerse a las décadas finales del siglo XVIII. Su estudio completa la labor que Monserrat Trancón Lagunas inició en 1991 con la publicación de *Prensa y Cuento fantástico en el Romanticismo español*. Borja Rodríguez amplía el horizonte y no se centra sólo en el periodo romántico sino que se retrotrae a la época ilustrada.

Dos partes bien diferenciadas componen su obra. En la primera se realiza un análisis de la evolución del género y se demuestra que su historia estuvo estrechamente ligada a la historia política de España, cosa bastante lógica si no olvidamos que la vida del cuento decimonónico y de la prensa caminaron paralelas. De 1764 al estallido de la guerra en 1808 el cuento comienza a consolidarse bajo los presupuestos literarios ilustrados: en las páginas del *Correo de los Ciegos*, en las del *Semanario de Salamanca*, *El Pensador* o *El Censor* aparecen narraciones, la mayoría anónimas, que intentan moralizar y educar a los lectores. Si bien es verdad que en determinados casos los relatos se encaminan hacia la simple diversión, la mayor parte de ellos tiene claros fines didácticos. La guerra y el reinado de Fernando VII supusieron un nuevo corte en su desarrollo y, por eso, nada más apropiado que el título que se da a esta etapa: *Política y silencio*. Todo lo contrario ocurrirá en los años que van de 1831 a 1850. Recuperada la libertad y abolidas las prácticas represivas –recuérdese que en estos años estuvo vigente la Inquisición–, florecieron los periódicos, las revistas y con ellos el cuento. Todas las publicaciones periodísticas incluyen en sus páginas narraciones de todo signo: *El Español*, *Semanario Pintoresco Español*, *El Iris*, *El Siglo*

*Pintoresco, El Artista o El Museo de las familias* recogen cuentos históricos, legendarios, amorosos, humorísticos, fantásticos o morales. El panorama, superado el ominoso reinado de Fernando VII, cambia radicalmente y, si en 1831 el público madrileño sólo podía leer dos publicaciones periódicas, el número de revistas y periódicos de la capital en 1850 ascendía a ciento once. Ciertamente es que muchas eran de baja calidad o que la vida de algunas fue muy breve, pero sólo esa rápida floración explica la variada producción cuentística del periodo al tiempo que sienta las bases de la brillante creación posterior. Un reparo puede hacerse a este análisis: la poca, casi nula, información que se nos da sobre las relaciones e influencias que ejerció la cuentística europea y occidental en la española. La historia que nos ofrece Borja Rodríguez es una historia ensimismada y de su libro se podría desprender la idea de que en la evolución del cuento español decimonónico poco influyeron las letras europeas. Sabemos que esto no es así y que, sin el influjo de Scott, Hugo o Hoffmann en la primera parte del siglo XIX y de Poe, Dickens, Nerval o Maupassant en la segunda, la trayectoria del cuento español hubiera sido otra. En este sentido hay que señalar que los narradores españoles, con mayor o menor rapidez, conocieron la obra de sus más influyentes colegas europeos. Por citar algunos ejemplos, las influencias de Hoffmann se dejan sentir en muchos cuentistas de la primera mitad del siglo y son bien visibles en Antonio Ros de Olano. De igual modo y en las últimas décadas, algunas narraciones de Emilia Pardo Bazán son casi variaciones que la escritora gallega realiza a partir de relatos de Maupassant. No es el cuento español una particularidad exótica, rara y aislada en el contexto europeo. Por el contrario, su desarrollo sigue en general las mismas líneas que el resto de los países vecinos.

La segunda parte de la obra de Borja Rodríguez está dedicada a la producción de los narradores más destacados. No sólo se detiene en los muy conocidos (Espronceda, Mesonero Romanos, Gil y Carrasco y Estébanez Calderón) sino que también dedica interesantes páginas a otros que, en fechas recientes, están siendo rescatados por la crítica (Eugenio de Ochoa, Miguel de los Santos Álvarez y Antonio Ros de Olano) o nos descubre otros cuyos nombres cayeron en el olvido (Mariano Roca de Togores, Pedro Madrazo, José Somoza, Clemente Gil y José Negrete, conde de Campo-Alange). Los interesados en el tema y en el periodo encontrarán en las páginas finales, además, una muy útil y amplia lista de todos los cuentos citados y de los autores. El libro concluye con una cuidada selección bibliográfica.

*Historia del cuento español (1764-1850)* se configura, valga el lugar crítico común, como un trabajo imprescindible para el estudio de la evolución del género y, a la vez, completa la visión que teníamos sobre un aspecto mal conocido de nuestra historia literaria.